

## Alicante

## DEBAJO DE UN ALGARROBO



Momentos de Alicante  
Gerardo Muñoz

**U**n anciano avanza con paso lento por la sinuosa senda que cruza la hacienda que posee el dominico **Joaquín Calbó** en la partida de Bacarot.

El viejo labriego viste chupa de paño pardo, camisa desgastada, chaleco raído, calzones de lienzo blanco, faja de estambre colorada, medias de lana, alpargatas de esparto y una montera de felpa negra. Se apoya en una vara y se le nota cansado, muy cansado.

Es observado por **Francisca Candela**, que está en la puerta de su casa. Ella y su marido, **Bartolomé Gilabert**, son los caseros de esta hacienda que el padre Calbó tiene arrendada a **Francisco Fries**.

Francisca tiene 36 años y junto a ella están sus hijastros **Francisco** y **Jaime**, de 9 y 7 años, respectivamente. Aunque no saben su nombre, conocen a aquel viejo porque es quien se encarga de guardar el almendral que el tío Jorro tiene lindando con la hacienda. Los tres ven cómo el anciano se detiene debajo de un algarrobo, a unos doscientos pasos de la casa. Después de extender una manta, se sienta sobre ella con dificultad, apoyando la espalda en el tronco del árbol.

Dos días antes, el viernes pasado, aquel viejo se había acercado a casa de Francisca para pedirle que, por favor, le cociese unos huevos, si tenía. Ella le hirvió tres y, mientras se los comía, le contó el anciano que se hallaba muy fatigado a causa de una diarrea que padecía desde hacía dos meses. Ahora se le notaba aún más cansado, por lo que Francisca manda a los chicos que vayan a ayudar al viejo y que lo traigan a la casa. Ellos obedecen, pero al rato vuelven corriendo y sin el anciano, contándole a su madrastra que no se encontraba con ánimo para levantarse y que prefería quedarse allí, bajo el algarrobo.

Se acaba el domingo 23 de junio de 1805. La noche empieza a caer con lentitud, envolviendo de tinieblas la casa, la hacienda y el mundo entero. Bartolomé no vendrá a dormir porque está en Elche y Francisca, como siempre que no está su marido, se encierra en su casa junto con sus hijastros.

Unas horas después la aurora comienza a resucitar los colores y Francisca comprueba que el viejo continúa debajo del algarrobo. Está tumbado, inmóvil. No se atreve a acercarse a él. Prefiere ir a casa de su amo, para contarle lo ocurrido. Francisco Fries, de 43 años, tiene arrendada la hacienda del dominico Calbó, además del huerto llamado de las Palmeras. Enseguida marcha Fries a casa de su vecino Ma-

**nuel Jorro**, dueño del almendral que cuida el anciano enfermo. De 50 años de edad, Jorro corre de inmediato a buscar a **Jaime Palomares**, diputado de la partida de Bacarot. Ambos, Jorro y Palomares, van hasta el lugar donde les han indicado que está el viejo labriego. Lo encuentran en efecto debajo de un algarrobo de unos nueve metros de altura, de hojas lustrosas y flores purpúreas. En un contraste tan natural como brutal, la vida se regenera en aquellas ramas irregulares y tortuosas (con tiernos frutos que ya han empezado a brotar, pese a que todavía las algarrobos no han madurado), al mismo tiempo que bajo ellas se acaba la existencia de un ser humano. Porque el anciano parece muerto. No lo tocan y ambos hombres se limitan a mirar a su alrededor, sin encontrar vestigio alguno de sangre o violencia. Junto al cuerpo inmóvil solo hay una vara, unos calzones viejos de sarga azul y una redoma de vidrio con un poco de aguardiente.

Jorro le cuenta a Palomares que el anciano se llamaba **José Carbonell**, había nacido en Elche y era viudo. Es lo único que sabe de él. A causa de su mucha edad solo se encargaba de cuidar el almendral que él tiene arrendado muy cerca de allí. Desde hace dos meses se quejaba de padecer una diarrea que le debilitaba cada vez más. Le había visto por última vez el día anterior por la mañana y le había anticipado el jornal de la semana entrante para que pudiese comprar pan, queso o bacalao, con que alimentarse y recuperar fuerzas.

El diputado Jaime Palomares, de 36 años, va hasta la Casa Consistorial de Alicante para informar de lo ocurrido. A las once y media de este día de San Juan, **Antonio Lorenzo Martínez de Pozo**, alcalde mayor, teniente de corregidor y juez, ordena al alguacil mayor, **Juan José Izquierdo**, que averigüe lo sucedido en la partida de Bacarot. A las cuatro de la tarde, una comisión encabezada por Iz-

quierdo e integrada por el escribano municipal, **Joaquín María de Eguiguren**, y los cirujanos **Francisco Linares** y **José Alcaraz**, siguen al diputado de Bacarot hasta el lugar donde éste ha denunciado el hallazgo de un cadáver. También va con ellos, guiando su carro, **Ginés Penalva**.

Tardan hora y media en llegar a la hacienda de fray Joaquín Calbó, situada a más de una legua de la ciudad. Allí, debajo de un algarrobo y tendido sobre una manta, encuentran el cuerpo sin vida del anciano Carbonell. Está recostado sobre el lado izquierdo y con la mano derecha junto a su barba. Los dos cirujanos lo examinan y registran, hallando «en la faltriquera de la chupa un poco de arroz embuelto en un papel de estraza y una cuchara de palo», anota el escribano, además de 10 reales y 10 maravedíes. A continuación, Linares y Alcaraz testifican que «no han advertido señal alguna que indique que la muerte ha sido violenta. Más bien ad-

vierten que ha sido natural, debido a alguna enfermedad y a una grande extenuación, ó debilidad, la que podría ser producida de miseria».

El alguacil y el escribano toman declaración como testigos a Francisca Candela y a sus dos hijastros, también a Francisco Fries y a Manuel Jorro. Luego, Izquierdo ordena el levantamiento del cadáver y su traslado a la ciudad, por lo que es colocado en el carro de Ginés Penalva.

La fúnebre comitiva llega a las ocho de la noche a la puerta de San Francisco. Aquí se queda el carro con el difunto y el carretero, en tanto el alguacil y el escribano marchan a informar al alcalde-juez. Éste ordena que sea examinado de nuevo el cadáver por el médico titular de la ciudad, **Francisco Lloret**, junto con los dos cirujanos. Pero esta labor habrá de esperar al día siguiente, por lo que el difunto es depositado en el eremitorio de San Bartolomé, lugar destinado para acoger los cadáveres que deben ser examinados.

Es ya la mañana del martes 25 cuando, muy temprano, el médico Francisco Lloret, acompañado de los cirujanos Linares y Alcaraz, examina el cadáver del viejo labriego. Concluido el reconocimiento, el médico y los cirujanos declaran bajo juramento

y en presencia del alcalde-juez que «no havian advertido señal alguna que indicasse haver sido su muerte violenta, y sí una pura debilidad de la qual podía haver estado apoderado, y dimanadole la muerte». En consecuencia, Martínez de Pozo manda se proceda a enterrar el cadáver de José Carbonell, «pasando el recado correspondiente al cura de semana de la Iglesia Colegial ó su theniente, y executado todo, se continúe por el presente Escribano el correspondiente Testimonio».

En cumplimiento de lo ordenado, el escribano Eguiguren marcha a la iglesia de San Nicolás, donde encuentra al cura **Vicente Sánchez**, quien accede a officiar el funeral.

Eguiguren da testimonio de la ceremonia, escribiendo: «(...) que siendo como las nueve y media oras de este día (25 de junio), en el carro o tartana conducida por una bestia mular, y guiada de Gines Penalva, según estilo en esta dicha ciudad con motivo de evitar el contagio que se expermió en el proximo pasado año, se trasladó el cadaver de Josef Carbonell al cementerio que se halla destinado para enterrar los Difuntos, cuyo cadaver fue acompañado del Alguacil mayor, y con mi asistencia: Y estando en dicho cementerio se le dio sepultura en una de las zanjas que para este efecto se hacen, y puesto dentro della se le echó tierra encima dejándolo perfectamente cubierto (...).».

El auto por la muerte de José Carbonell se conserva en el Archivo Municipal de Alicante.

